



# CAPÍTULO 1

**E**l último domingo de un verano que se desvanecía demasiado deprisa coincidió con el día en el que Reginald Gatling se cruzó con su muerte debajo de un roble.

Se encontraba apoyado contra el árbol, con la respiración acelerada y entrecortada; las piernas paralizadas e insensibles, como dos pedazos de carne que, de alguna manera, habían sido fijados al resto de su cuerpo. Apoyar las manos sobre esos bultos inertes le provocaba náuseas, por lo que se agarró débilmente a la hierba del suelo. Sintió el roce de la corteza dura del árbol a través de una de las heridas que no paraba de sangrar bajo la camisa. Los desgarros en su piel habían sido culpa suya por no correr a tiempo, así que la mejor ruta de escape había resultado ser a través de una maraña de zarzas que bordeaban el lago de St. James's Park. Las zarzas le habían desgarrado la ropa; la sangre era resultado de lo que había sucedido después.

—Mire cómo jadea, saca la lengua como un perro —comentó uno de los hombres con evidente desprecio en la voz.

Lo más que podía decirse de él en ese momento era que se interponía entre Reggie y la luz del sol, que se hundía lentamente a través del cielo de la tarde y que, acunado en un espacio azul entre las ramas de los árboles, parecía una bola en llamas recogida en un tirachinas. Al acecho. Expectante. En cualquier momento podría soltarse, volar hacia ellos y arrasarlos en una explosión de luz.

Reggie tosió e intentó espantar todas aquellas ideas absurdas que bullían sin pausa por su mente, los espasmos reavivaron el dolor que sentía en las costillas.

—Vamos, al menos seamos civilizados —dijo el otro hombre. Su voz no sonó desdeñosa, sino tranquila e indiferente como el propio cielo, y los últimos jirones de valentía de Reggie se estremecieron al escucharle.

—*George* —dijo Reggie. Un ruego.

George, el hombre de voz tranquila, miraba hacia el parque, dejando ver a Reggie la parte trasera de seda de su chaleco y las mangas blancas de su camisa, con los puños remangados de forma meticulosa, aunque todavía salpicados de sangre. Contemplaba el amplio espacio de césped al pie de la pequeña colina coronada por el roble.

Durante ese domingo veraniego, St. James's estaba atestado de personas que saboreaban los últimos coletazos de buen tiempo antes de que el otoño se abatiera sobre ellos. Hordas de niños chillaban mientras corrían, se caían de los árboles o les tiraban piedras a los indignados patos. Había grupos de amigos haciendo pícnic, parejas paseando despreocupadas, damas que chocaban sus sombrillas al cruzarse en los caminos con otras y aprovechaban para acomodar sus mangas de encaje caídas. Los hombres dormitaban con los sombreros sobre sus caras o mordisqueaban

briznas de hierba mientras pasaban las páginas de un libro, apoyados sobre un codo.

Ninguna de estas personas miró a George, a Reggie, ni al otro hombre. Si lo hacían, sus miradas pasaban de largo sin fijarse ni preocuparse por ellos. Ni siquiera habían mirado cuando comenzaron los gritos. Ni cuando continuaron.

Reggie solo pudo vislumbrar el brillo irregular y perlado del aire, señal de un hechizo de cortina.

George se acercó a él y se acuclilló, con cuidado de no ensuciarse los pantalones, y limpió una mancha de tierra de la punta de sus brillantes zapatos. Todo el cuerpo de Reggie, incluso sus piernas inertes, intentó retroceder ante la sonrisa del hombre. Al recordar el dolor, deseó presionar el cuerpo contra la dura corteza, atravesarla, para fundirse en ella de alguna manera. Sin embargo, el árbol era implacable, al igual que George.

—Reggie, mi querido muchacho —suspiró—. Intentémoslo una vez más. Sé que encontraste una parte por tu cuenta y pensaste que podrías esconderla de nosotros. —Reggie le miró fijamente, desde lejos se escuchó el chillido agudo de un niño que probablemente se había raspado una rodilla—. ¿De qué diantres creías que te iba a servir? ¿A ti, precisamente? —Volvió a ponerse de pie (la pregunta era claramente retórica, por supuesto). George le hizo un gesto brusco a su acompañante, quien ocupó su lugar frente a Reggie.

«Vamos», pensó Reggie entrecerrando los ojos por el brillo del sol. «Arrójate sobre nosotros. Este sería un momento idóneo».

—Encontraste algo y lo cogiste. Ahora dínos qué es —exigió el segundo hombre.

—No puedo —respondió él o, más bien, lo intentó. Su lengua sufrió un espasmo al hacerlo.

El hombre juntó las manos en una técnica muy poco delicada, pero, por todos los dioses, fue muy rápido; sus dedos se movieron para formar unas figuras burdas y el brillo blanco de un hechizo cobró vida antes de que Reggie pudiera ni siquiera coger aire. A continuación, le sujetó las manos con una fuerza ineludible. Sus pesadas cejas se fruncieron, contempló las palmas de las manos de Reggie como si fuera a leerle la fortuna y predecir su futuro.

«Espero que sea breve», pensó él con desesperación, antes de que el blancor crepitara por su piel y lo hiciera gritar otra vez. Cuando terminó, uno de sus dedos, que había escapado del agarre del hombre, se desvió en un ángulo extraño.

—¿Qué ocurre? —Esta vez, la atadura percibió la desesperación de Reggie por obedecer y responder a la pregunta. Su lengua suave y palpitante se sentía ahora como cuando le habían lanzado el hechizo: ardiente y chisporroteante. Gimoteó, apretándose la cara ante la sensación, pero, a pesar de que el sonido pareció flotar por el aire, no afectó al ambiente idílico del parque en lo más mínimo. Las personas que les rodeaban bien podían ser parte de un cuadro, felizmente ajenas al berrinche de un niño pequeño en el suelo de mármol de una galería, a salvo al otro lado del marco—. Joder, maldito gusano. Mire esto, milord —murmuró el segundo hombre.

—Maldición —comentó George al ver la lengua de Reggie desde arriba. El símbolo de la atadura debía estar brillando, o eso parecía—. No se ha podido hacer eso a sí mismo. De todas formas, existen límites para las ataduras de silencio, formas para burlarlos —detalló con el ceño fruncido—. ¿Qué es, Reggie? Haz señas si es necesario. Escríbelo, dibújalo en la tierra. Encuentra una forma.

Una pizca de esperanza surgió en Reggie ante la idea; sin embargo,

cuando intentó mover las manos, ardieron con una oleada de calor recriminatorio y luego se volvieron tan inertes como sus piernas. No iba a ser tan sencillo para ninguno de ellos.

—Muy bien. ¿Dónde está ahora? —insistió George con los ojos entrecerrados. Reggie respondió encogiéndose de hombros con total sinceridad—. ¿Dónde lo viste por última vez?

El dolor de la atadura emitió un latido de advertencia, por lo que él no se atrevió a hablar, pero sus manos se levantaron cuando se lo ordenó, así que las agitó desesperadamente.

—Bueno, es un avance —dijo el otro hombre.

—En efecto. —George dirigió la mirada hacia el parque una vez más. Comenzó por el norte y luego giró lentamente en un círculo, como un hombre perdido en busca de puntos de referencia. Cuando terminó la vuelta completa sin moverse de su posición, empezó a conjurar su propio hechizo con la elegante maestría de un joyero que coloca minúsculos eslabones en una joya. Luego extendió las manos cubiertas de magia para desplegar un mapa frente a Reggie, como si hubiera desplegado un pequeño mantel y lo hubiera suspendido de una cuerda para que se mantuviera colgado. Brillaron líneas azules en el aire sobre un fondo vacío; la línea más gruesa formaba la familiar serpiente del Támesis, y la ciudad se desplegaba a su alrededor.

Reggie señaló la ubicación aproximada de su oficina. Sus dedos no detectaron nada que pudiese palpase, pero el mapa cambió de inmediato para mostrar una sección más pequeña de Londres. El río delimitaba los extremos este y sur, se extendía hacia Kensington al oeste y seguía el límite norte de Hyde Park. Era un hechizo precioso, y Reggie se preguntó qué nivel de detalle alcanzaría si seguía señalando un lugar en concreto.

—No queremos saber dónde estamos ahora, imbécil.

Con eso, Reggie logró indicar el edificio en sí: irónicamente, estaba a un tiro de piedra hacia al este de donde se encontraban, aunque su dedo estaba más cerca de Whitehall que del límite de St. James.

—¿En tu oficina? —George sonó sorprendido por primera vez, y Reggie alcanzó a asentir antes de que el hechizo latente le quemara como castigo. Apenas se dio cuenta cuando el mapa se desvaneció con un parpadeo, tenía la lengua fuera de la boca, como si así pudiera hacer que el dolor terminara, y las lágrimas corrían por sus mejillas. Mientras tanto, los otros dos hombres miraban a través del parque en dirección al edificio.

—¿Deberíamos...? —empezó el primero.

—No —dijo George—. Creo que eso es todo lo que conseguiremos sacarle con la atadura de silencio. Es suficiente, terminemos con esto. Nos vamos —sentenció sin mirar a Reggie.

De nuevo, el hombre de la gorra se movió con rapidez. La penúltima cosa que Reggie vio fue una marea blanca que le cubrió todo el cuerpo como una telaraña. Lo último que vio, al exhalar su último aliento, fue el destello del sol sobre el bastón de George mientras este atravesaba la cortina de su propio hechizo para bajar la colina, sin prisa. Era un hombre que no tenía un sitio en particular en el que estar.